

¡Se buscan predicadores fieles!

«Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones. Y yo dije: ¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño. Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar» (Jeremías 1.4–10).

Jeremías fue profeta por más de cuarenta años en Judá, desde el tiempo del arrepentimiento y la restauración durante el reinado de Josías, hasta la completa destrucción de Jerusalén durante el tiempo de Sedequías. En 2º Crónicas leemos que Josías fue el último de los reyes que «hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en los caminos de David su padre, sin apartarse a la derecha ni a la izquierda» (34.2). Durante el reinado de Josías, Hilcías el sacerdote halló el libro de la ley de Jehová que había dado Moisés, hallazgo que motivó su decisión de seguir al Señor y la subsiguiente restauración por todo Judá. Durante todos los días de Josías, el pueblo no se apartó de Jehová Dios de sus padres (34.31–33). De hecho, en 35.18 se lee que ningún otro rey de Israel «celebró pascua tal como la que celebró Josías, con los sacerdotes y levitas, y todo Judá e Israel...».

Sin embargo, el despertar promovido por Josías no duró mucho tiempo. Los sucesores de este «[hicieron] lo malo ante los ojos de Jehová [...] Dios» (2º Crónicas 36.5). Jeremías fue testigo de la decadencia moral y espiritual de Judá hasta que la ira de Dios vino sobre la nación y la destruyó. Nabucodonosor marchó a Judá en el año undécimo del reinado de Joacim, y Judá comenzó un cautiverio de setenta años en

manos de Babilonia. Nabucodonosor se llevó para Babilonia los utensilios sagrados del templo. También se llevó lo mejor del pueblo; Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego se encontraban en ese grupo. Más adelante, toda la ciudad —junto con el templo de Salomón— fue destruida. El pueblo padecería por sus pecados.

Fue en el año decimotercero del reinado de Josías que Jeremías, un joven sacerdote, fue llamado para ser profeta. Este hombre sensible fue llamado para enfrentar reyes, falsos profetas y sacerdotes hipócritas. Osado delante de los hombres, pero quebrantado delante de Dios, se le ha llamado «el profeta llorón». No es casualidad que cuando Jesús anduvo sobre la tierra, la gente lo identificara con Jeremías (Mateo 16.14). Jesús también fue «varón de dolores» (vea Isaías 53.3). La de Jeremías no fue una vida fácil, y su ministerio no pareció exitoso según la manera de medir el éxito que tiene el mundo; sin embargo, llevó a cabo fielmente la tarea que Dios le encargó en un tiempo difícil.

Dios puso Sus palabras en la boca de Jeremías, y el mensaje sigue siendo poderoso y relevante. Los reyes que reinaron durante ese tiempo han pasado en gran parte al olvido, pero las palabras de Jeremías el siervo de Dios todavía dicen lo que debe decirse a un mundo pecador. Echemos una mirada a lo que se necesita para ser un fiel siervo de Dios, pues las mismas cualidades son requisitos hoy día.

OÍR (1.4–10)

La palabra de Dios llegó primero al mismo Jeremías. El siervo eficaz del Señor debe primero oír lo que Dios dice y debe decidir si va a hacer fielmente lo que Dios exige de él. Dios conocía a Jeremías desde que lo formó en el vientre. Conocía todo acerca de Jeremías. Conocía sus talentos y su corazón. Dios mismo santificó y constituyó profeta

a Jeremías. Lo escogió especialmente para esta ardua tarea.

Jeremías tenía una excusa: «He aquí, no sé hablar, porque soy niño» (vers.º 6). Al igual que Moisés y muchos otros, Jeremías tenía una razón por la que el Señor debía escoger a otro para que fuera Su profeta. Cualquiera de nosotros podría encontrar excusas para no hacer la obra de Dios. Algunos podrían considerarse demasiado jóvenes, y otros demasiado viejos. Es demasiado fácil concentrarnos en nuestras incapacidades antes que creer en lo que Dios puede hacer por medio de nosotros.

En respuesta a la protesta de Jeremías, dijo Dios: «No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande» (vers.º 7). Jeremías tenía que hacer a un lado las excusas. El mensaje de Dios para Jeremías era en esencia este: «Serás lo que deseo que seas; irás donde deseo que vayas; dirás lo que deseo que digas. No temas delante de ellos, pues yo estaré contigo para librarte. He puesto Mis palabras en tu boca».

Dios puso a Jeremías sobre las naciones y los reinos para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar. Por supuesto que el poder no residía en Jeremías, sino en la palabra que Jeremías había de hablar en nombre de Dios. No se nos debe olvidar que Dios todavía gobierna el mundo. El Señor dijo en Jeremías 18.7–10:

En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles, y en un instante hablaré de la gente y del reino, para edificar y para plantar. Pero si hiciere lo malo delante de mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerle.

A nosotros, al igual que Jeremías, nos puede parecer que somos insuficientes o incapaces de cumplir el trabajo que Dios nos ha mandado. Moisés puso excusas cuando estaba junto a la zarza ardiente. Gedeón tuvo necesidad de una señal de parte de Dios. Aun Pablo se planteó esta pregunta acerca de su ministerio: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (2ª Corintios 2.16). La mayoría de las veces, las personas aceptan solamente aquellas tareas que pueden hacer con sus propias fuerzas, y no toman en cuenta lo que Dios puede hacer por medio de ellas. Por nuestras propias fuerzas, ninguno de nosotros es suficiente. Pablo respondió

a nuestros sentimientos de duda e insuficiencia: «no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes» (2ª Corintios 3.5–6a).

El poder jamás estará en nosotros, sino en el Dios a quien servimos. La tarea de Jeremías consistía en ser fiel a su ministerio profético; Dios se encargaría del resto.

VER (1.11–16)

Jeremías tenía necesidad de ver los serios problemas que estaba enfrentando Judá, y las consecuencias de los muchos pecados del pueblo. Dios le mostró dos cosas a Jeremías:

Primero, le presentó una vara de almendro, la cual, siendo un joven procedente de Anatot de la tierra de Benjamín, le era conocida. Anatot era un centro de cultivo de almendras, y Jeremías reconocería fácilmente la vara de almendro. Dios usó las palabras «almendra» (del hebreo *shaqed*) y «velar» (del hebreo *shoqed*) en un juego de palabras. En vista de que las palabras suenan igual en hebreo, la primera («almendra») había de recordarle a Jeremías una importante verdad en relación con la segunda («velar»). Dios deseaba que Jeremías conociera Su disposición para cumplir lo que había dicho: «yo [velo por] mi palabra para ponerla por obra» (vers.º 12; NASB). La tarea de Jeremías consistía en proclamarla; la parte que le correspondía a Dios consistía en ponerla por obra.

La segunda ilustración le mostraba a Jeremías una olla que hierve, la cual estaba ladeándose y derramándose, y su faz miraba desde el norte. El Señor explicó: «Del norte se soltará el mal sobre todos los moradores de esta tierra. Porque he aquí que yo convoco a todas las familias de los reinos del norte...» (vers.ºs 14–15). Había dos caminos que llevaban a Palestina, uno provenía del sur, saliendo de Egipto, y el otro provenía de los países del norte. Judá podía esperar que el desastre proviniera del norte. Esta fue la primera profecía de Jeremías sobre el cautiverio en Babilonia, el cual tendría lugar unos veinte años después.

La caída de Judá era resultado directo del pecado (vers.º 16). Judá tenía necesidad de entender que la inmoralidad y la religión falsa llevarían a la destrucción de la nación. Muchos siglos han pasado desde la época de Jeremías, y muchas personas todavía tienen necesidad de aprender la lección en el sentido de que el pecado causa destrucción.

En la época de David, los hijos de Isacar eran

hombres «entendidos en los tiempos, y que sabían lo que Israel debía hacer» (1º Crónicas 12.32). Hoy día tenemos necesidad de hombres que entiendan cómo son nuestros tiempos y qué debemos hacer. ¡Deberíamos pedir en oración tal clase de sabiduría! Nuestro mundo está en franca decadencia moral y espiritual; necesitamos hombres que no puedan elevarnos a un nivel espiritual más alto.

HACER (1.17–19)

Debió de haber sido difícil para el joven Jeremías hacerles frente a hombres mayores que él, con un mensaje de denuncia. Jeremías era inexperto, y las personas a las cuales estaba reprendiendo eran las más poderosas de su país: reyes, príncipes, sacerdotes y profetas. Era poco probable que hombres que le doblaban y triplicaban la edad le fueran a prestar oído a un joven.

En nuestros tiempos, nos asusta la idea de decirle a alguien que ha pecado y que debe arrepentirse. Muy a menudo somos demasiado tímidos para reprender las creencias populares de nuestros tiempos. La persona más calumniada y despreciada de nuestros tiempos puede que sea aquella que censura el mal en los demás. Jesús sabía que «... todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios» (Juan 3.20–21). Dios se lo dijo claramente a Jeremías: «¡Pelearán contra ti!». No deseaban oír lo que tenía que decirles, porque no deseaban cambiar sus vidas ni dejar sus pecados. No obstante, había más en el mensaje de Dios para Jeremías: «¡No te vencerán!». Dios le dio al profeta dos razones para perseverar con confianza.

Primero, le dijo: «Porque he aquí que yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra» (vers.º 18a). Una ciudad fortificada era una ciudad con altos muros y poderosos armamentos. Las inexpugnables columnas de hierro no podían quemarse; y debido a su sólido sustento, los muros de bronce no se podían derribar fácilmente. Estos eran los materiales más fuertes de aquella época, resistentes a cualquier ataque. En un sentido metafórico, Jeremías fue hecho de tales materiales, fue reforzado por Dios. Pasara lo que pasara, Dios le fortalecería para resistir.

En segundo lugar, dijo Dios: «Yo estoy contigo [...] para librarte» (vers.º 19b). A Jeremías se le prometió que sería librado de cualquier ataque que lanzaran en contra de él el pueblo o las potencias. Del mismo modo que Dios libró a Israel

en tiempos de Moisés, de Josué, de Gedeón, de Sansón, de David y de Elías, también Él velaría por Jeremías (Romanos 8.31–34). Cristo es por nosotros, intercede por nosotros.

Dios cuidará de nosotros. ¡Nuestra tarea es actuar! ¡Prepárese usted para resistir (vea vers.º 17)! Levántese y hableles a los demás por Cristo. No basta con pensar y hablar acerca de emprender acción «algún día». ¡Llega un momento en que uno debe prepararse, disponerse y actuar! Debemos predicar el evangelio (2ª Timoteo 4.1–5) y exponer el error (Efesios 5.11).

La convicción de Jeremías durante tiempos difíciles se observa en Jeremías 20.9–11:

Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude. Porque oí la murmuración de muchos, temor de todas partes: Denunciad, denunciémosle. Todos mis amigos miraban si claudicaría. Quizá se engañará, decían, y prevaleceremos contra él, y tomaremos de él nuestra venganza. Mas Jehová está conmigo como poderoso gigante; por tanto, los que me persiguen tropezarán, y no prevalecerán; serán avergonzados en gran manera, porque no prosperarán; tendrán perpetua confusión que jamás será olvidada.

CONCLUSIÓN

Hoy día tenemos necesidad de más Jeremías—esto es, hombres que lloren por el pecado. Necesitamos hombres con compasión y con amor que hablarán sin hacer concesiones y continuamente en contra de nuestro verdadero enemigo: ¡el pecado! Cada uno de nosotros es parte del problema del pecado o parte de la solución (un siervo de Dios). ¿De cuál es parte usted?

Phil Sanders

La horrible siega (51.34–44)

Un principio eterno (vers.º 36)—

Ley de la siembra y la siega

Un destino funesto (vers.º 37)—

Horror y desolación

Una trágica pena (vers.º 39)—

Sueño eterno

Un engaño sin sentido (vers.º 40)—

Corderos y carneros

Una fe impotente (vers.ºs 41–44)—

Sheshak y Bel

John L. Kachelman, Jr.